

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Foucault en la Argentina finisecular.

Mariana Canavese.

Cita:

Mariana Canavese (2013). *Foucault en la Argentina finisecular*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/461>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 55

Título de la Mesa Temática: La historia intelectual y de la cultura en clave transnacional: aproximaciones teóricas y estudios de caso (América Latina, s. XX).

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Bergel, Martín; Dujovne, Alejandro.

FOUCAULT EN LA ARGENTINA FINISECULAR

Canavese, Mariana

FFyL (UBA) - CeDInCI (CONICET)

mcanavese@gmail.com

En la década de 1980 emergen con fuerza usos de las elaboraciones de Michel Foucault que contienen la impronta de la extraordinaria difusión y de algunas de las inscripciones que se prolongarán en los años siguientes. Las operaciones de lectura, interpretación y apropiación que se manifiestan durante la “primavera democrática” y hasta su fin se relacionan con la puesta en cuestión de la modernidad y la discusión sobre la posmodernidad. En la Argentina de los '80, las transformaciones teóricas y políticas se vinculan también con la recuperación de la democracia. Pero el recorrido que había comenzado con una entusiasta revalorización de la política empezaba pronto a manifestarse en los términos más descarnados de la “democracia posible” (Vezzetti, 1987: 3) y tras la “explosión participativa” se sumaba la crisis económica. En ese

tránsito desde la revalorización de la democracia hacia la decepción que produciría en la izquierda el alfonsinismo, “desencanto” y “crisis” (crisis del iluminismo, crisis del movimiento estudiantil, crisis de los partidos políticos, etcétera) serán, pues, palabras recurrentes¹. De modo que, tras la realidad de los cuerpos mutilados durante la dictadura militar, el contexto de redemocratización devenía pronto uno de desmovilización política, de pérdida de confianza en el poder colectivo, de retorno a la familia, de post-política. El corolario, en los '90, será el gobierno neoliberal de Carlos Menem. En el camino, como signos de época se manifiestan el deterioro de las certidumbres, el escepticismo en política, el “desencanto desparticipativo”², el privatismo y el abandono de la escena pública.

No obstante, dos elementos pueden officiar de señales de que Argentina se encontraba en una nueva situación político-cultural, no siempre sombría. Primeramente, un asunto que venía a formar parte fundamental del proceso de transición democrática y de los años ochenta en general es el relacionado con la importancia que adquiere entonces la defensa de los derechos humanos. Si bien esa cuestión estaba presente ya en los '70, con las denuncias de diversas organizaciones acerca de las violaciones a los derechos humanos por parte de la última dictadura militar, ganaba ahora fuerza, jalónada durante el gobierno de Raúl Alfonsín por la creación de la CONADEP el 15 de diciembre de 1983, la elaboración del informe *Nunca Más* y el juicio oral y público a los comandantes de las Juntas militares desde el 22 de abril de 1985, entre otras acciones. Seguidamente, en un texto iluminador, el politólogo José Nun reflexionaba en torno a la pregunta sobre cómo la vida cotidiana se rebelaba entonces: el movimiento de liberación femenina, las minorías étnicas, los sin casa, los homosexuales, los marginados, los ancianos, los inválidos, los jóvenes, estos nuevos actores procurarían –

¹ Algunas manifestaciones, entre muchas otras, se verifican por ejemplo en el llamado *New Wave*, que aparecía como “una de las creaciones más genuinas de los ochenta”, como “el anverso de la tradición iluminista: es el escepticismo, e incluso, el nihilismo cultural de nuestros tiempos. El rasgo central del *new wave* es la crítica de la razón; es simultáneamente una revuelta contra el pasado y el futuro en el marco de una generación sin identidad (...) La relación entre estudiantes y democracia queda definida (...) entre la crisis de la razón iluminista y el escepticismo” (Valenzuela, 1986: 28-35).

² Es el término que utilizan entonces Fabián Echegaray y Ezequiel Raimondo:

El desencanto político se ha convertido en la mueca crítica con la que, no sin desgano, nos adaptamos a un insólito contexto de profecías quebradas y creciente imprevisibilidad. Por primera vez, los argentinos podemos confesarnos desgarrados. Es toda una novedad el hecho de que podamos avergonzarnos de nuestro pasado y compartir críticamente nuestras miserias sin que se nos oculten a fuerza de absurdas guerras de reconquista perdidas de antemano o de mundiales de fútbol pagos. El velo de una época siniestra se ha descorrido, el desencanto emerge desnudándonos culturalmente, y como el trago nos resulta demasiado amargo, reconcentrados en la privacidad vamos a la búsqueda de nuestra identidad (Echegaray y Raimondo, 1987: 130-131).

decía Nun– liquidar la imagen épica de la política, vendrían a constatar el fracaso del discurso heroico sobre la clase obrera (Nun, 1989: 11-24). Así, se trataba de “reivindicar y de potenciar los contenidos políticos de la cotidianeidad de todos los sectores oprimidos (...) Pero ni esos contenidos ni esta cotidianeidad están ahí, ya dados, listos para ser aprehendidos en clave empiricista” (Nun, 1989: 2). Planteaba entonces el cambio de un reduccionismo de clase a la emergencia de nuevos movimientos sociales. Acusaba además en el marxismo una “normatividad de trasfondo idealista que alimenta una imagen heroica de la política que acaba siendo desmovilizadora: su épica está poblada de obreros conscientes y de muertos gloriosos con los que difícilmente puedan medirse los hombres y las mujeres de carne y hueso que deben ocupar la mayor parte de su vida en ganársela” (Nun, 1989: 8). La crítica a los antiguos “compañeros de ruta” estaba ya acompañada de otras y nuevas vías para pensar la política.

Las lecturas y las apropiaciones de las elaboraciones foucaultianas aparecen en estos años intrínsecamente vinculadas a los temas antes señalados, en el contexto de apertura democrática, crisis de la militancia, retracción de la esfera pública y giro hacia lo privado, cuando la mirada aparece dispuesta hacia los micropoderes (ya no hacia el Estado, que más temprano que tarde conocerá los efectos de la reestructuración económica y el desmantelamiento), la ética, la emergencia de nuevos movimientos sociales, la afirmación del pluralismo, y también la transgresión. Así, entre los usos dirigidos a cuestionar a la izquierda tradicional y las interpretaciones en clave esteticista, libertaria o antimarxista, entre el nietzscheanismo contemporáneo, el posmodernismo y el postestructuralismo, Foucault podía aparecer ahora, por ejemplo y entre otras figuras, como el filósofo del destape argentino y el pensador de la diferencia.

En la Argentina de la década del '80 se hacen espacio, pues, usos de las elaboraciones del pensador francés relacionados con los inicios de una presencia académica más regular y el comienzo –especialmente a partir de las presentaciones y homenajes que tienen lugar en ocasión de su muerte, en 1984– de lo que será un fenómeno de fuerte circulación y divulgación en los medios de comunicación locales. Por otra parte, en una de las tensiones que comienza a hacerse visible en los años '80 y que será decisiva en la década de 1990, el par problemático que opone modernidad/posmodernidad, los usos de Foucault representan un componente dentro de una constelación más amplia y de más largo alcance. Así como el filósofo francés había sido inscripto dentro de la “ofensiva”

estructuralista, también fue catalogado como uno de los principales referentes de un posmodernismo militante tanto como uno de los más importantes responsables del impacto de las transformaciones en la concepción del saber y la política producidas por el universo postestructuralista. Parto de la hipótesis de que, hasta fines de la década de 1980, la obra de Foucault operó a mitad de camino entre el campo intelectual y el campo político a partir de lecturas sobredeterminadas por los problemas sociopolíticos y las condiciones históricas de producción local. Se producen entonces lecturas y apropiaciones de sus textos que se vinculan con renovaciones tanto teórico-conceptuales como prácticas en tiempos de la más intensa difusión de la cita y el nombre foucaultianos.

La posmodernidad latinoamericana y las “irrupciones politeístas”

Fuese que se la concibiera como frívola moda intelectual o como colapso de los cimientos políticos y culturales de la modernidad, como racionalización de un desencanto o como una forma de irracionalismo, como fuera, en el carácter difuso de la categoría “posmodernidad” entraban esas y otras figuras³. A su modo, hablaban de un fenómeno que venía de la puesta en cuestión décadas antes del historicismo, el humanismo y la filosofía de la conciencia, de la idea moderna de progreso, de razón y de historia (como progresivo movimiento ascendente), de la pérdida de centralidad del sujeto, el rechazo de la dialéctica y del futuro como redención, la crítica a cualquier referencia a la totalidad, etcétera. De ahí el culto a la alteridad, la diversidad y lo múltiple, el elogio de la marginalidad, la concepción de la transformación como reforma que contemple diferentes racionalidades, la idea de “post-historia”, el fin de las certezas,

³ Por ejemplo, Nelly Richard sintetizaba:

Como mezcla de modos (duda en filosofía, parodia y simulacro en estética, reconstrucción en teoría crítica, escepticismo en política y relativismo en ética, sincretismo en cultura) y de modas (pastiche y cita en arquitectura, desencanto post-marxista, juego narcisista y distancia *cool*, eclecticismo neutral en el gusto cultural, y pluralismo soso en los valores sociales) hacen que la confusión entre posmodernidad y posmodernismos sea el marco para un sentimiento difuso que acompaña un cambio de época marcado por la diseminación y la contaminación del sentido: una crisis de la totalidad y pluralización del fragmento, una crisis de la singularidad y multiplicación de las diferencias, una crisis de la centralidad y proliferación derramada de los márgenes [la traducción es mía] (Richard, 1995: 217).

lo provisorio, la fragmentación, la discontinuidad, la multiplicidad de sentidos. Y allí no había que buscar mucho para encontrar postulados foucaultianos.

Lo cierto es que, aunque en Argentina tuviese su epicentro en la década de 1980, el anuncio del advenimiento de una era posmoderna podía rastrearse en años anteriores, con Foucault apareciendo como uno de sus principales constructores, aunque hubiese rechazado ese mote⁴. Así pues, en el interior de las tensiones del pasaje de la modernidad a la posmodernidad, José Sazbón señalaba que en la segunda mitad de la década de 1960 ya estaban emplazadas las bases de un pensamiento caracterizado, entre otras cosas, por la crítica radical de la razón, la oclusión del imperativo de la verdad, el sentido como objeto a disolver: “El supuesto de una vigencia sucesiva y no simultánea del estructuralismo y el postestructuralismo no se sostiene si se toman en cuenta las fechas de aparición de las obras características de la corriente y el modo en que éstas incidieron en la coyuntura cultural” (Sazbón, 2009: 114-115). Dos textos fundantes son entonces el capítulo final de *Las palabras y las cosas*, de Foucault, y “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, publicado en *La escritura y la diferencia*, de Derrida. Ambos alejados de la afirmación científica del estructuralismo, y también anteriores a los movimientos del 68 donde se ha tendido a ubicar la línea de corte, contienen ya –afirmaba Sazbón–:

una asimilación de los resultados de los métodos estructurales unida a su utilización como materia prima de una elaboración filosófica orientada a un rechazo de la recomposición racional de las ciencias humanas, viciadas –en esta perspectiva– por su dependencia de la representación, de la figura del hombre, de la metafísica del origen, de la clausura del juego de la diferencia (Sazbón, 2009: 117-118).

A la hora de establecer clasificaciones, podría decirse que las elaboraciones de Foucault bien podían alimentar cualquiera de las vocaciones. Considero, no obstante, que quizás

⁴ Aunque a nivel local habrá que esperar a la década de 1990 para que Foucault llegue a ser material de lectura de un posmodernismo militante, en esa línea, y en ese mismo aire de época, el pensador francés podía ser dispuesto sin problemas dentro de la versión crítica de la razón moderna y, como filósofo posmoderno y representante de esa corriente, ser ubicado junto a Deleuze, Derrida, Vattimo, Lyotard, Savater, en confrontación con los denominados neomodernos (Brzezinski, Huntington, Toffler, los “futurólogos”) pero siendo también funcional al sistema neomoderno, neoliberal, tecnoburocrático (AA.VV., 1988: 129-130).

resulte más provechoso centrarse en una serie de resonancias que tenían al ronroneo posmoderno como simple y secundario telón de fondo. Entre las variadas derivas, me interesa ahondar en dos que resultan medulares: brevemente en la contribución de Foucault a pensar la “impureza latinoamericana” como un rasgo positivo y más específicamente en el modo en cómo su letra alimentó nuevas experiencias políticas.

En efecto, América Latina comenzaba a vivir los debates posmodernos bajo el contexto comúnmente denominado de “transición a la democracia”, pero no pocas veces en su ubicación de espacio colonizado aunque también heterogéneo respecto del “sistema-mundo”; y he aquí un mundo que Foucault contribuía a problematizar: si entre esos postulados era posible leer una operación que desarticulaba la jerarquía del saber, América Latina podía desligarse de un campo siempre deudor para con los países centrales. Si el saber es poder, si la diferencia constituye una positividad, de este lado del globo no había más que valorizar el propio en pie de igualdad. Así, en los términos específicos de la recepción de la posmodernidad en América Latina, y en Argentina en particular, la relación de ese discurso emergente en el centro con nuestro territorio ha sido pensada de modos también diversos. Se analizó, por ejemplo, la categoría “posmodernidad” como tentativa neocolonial de imponer un nuevo modelo cultural foráneo; la existencia en Latinoamérica de un “posmodernismo descentrado”; y, en tanto zona situada en la periferia del modelo dominante de la modernidad occidental, la relación estrecha entre la marginalidad latinoamericana y la defensa posmoderna de los márgenes (Richard, 1995: 218-219).

Regionalmente, la democracia llegaba a Latinoamérica proponiendo ahora concertar la pluralidad y la diferencia, y más temprano que tarde el politólogo germano-chileno Norbert Lechner caracterizaba la coyuntura política como acompañada de un desencanto: “La posmodernidad como desencanto con la modernidad, una modernidad que Weber definía como ‘desencantamiento del mundo’; una suerte de desencantamiento con desencanto, entonces” (Lechner, 1995: 148). Esa realidad implicaba la pérdida de confianza en la posibilidad de una teoría que condujera a la comprensión de lo social en su conjunto y la sospecha de que detrás de cualquier pretensión de verdad se escondía una relación de poder; y perseguía la relativización de todas las normas (Lechner, 1995: 152). Pero traía consigo también un efecto promisorio:

[Nuestras] dictaduras impusieron una unidad orgánica sobre una realidad compleja y heterogénea. El histórico miedo a la heterogeneidad como amenaza a la integración social fue extendido al campo político (...) El pluralismo, la diversidad y la tolerancia empezaron a ser valorados generándose un nuevo sentido de las diferencias (...) Ésta es la contribución posmoderna (...) No veo en el elogio posmoderno de la heterogeneidad un rechazo de todas las ideas de colectividad; por el contrario, veo un ataque a la falsa homogeneización impuesta por la racionalidad formal. Visto desde este punto de vista, la posmodernidad no se opone al proyecto de la modernidad como tal sino a una modalidad específica del mismo (...) Lo que se ha revelado como una ilusión es la pretensión de hacer de la racionalidad formal el principio de la totalidad (...) El desencanto posmoderno contempla un doble desafío en mi opinión: 1. nos invita a repensar el proyecto de la modernidad y 2., a hacerlo enfatizando la articulación de las diferencias sociales; en vez de preguntarnos, partiendo de una supuestamente dada unidad, cuánta pluralidad podemos tolerar, la posmodernidad implica asumir la heterogeneidad social como valor y de ahí preguntarnos cómo puede ser articulada en un orden colectivo (...) (Lechner, 1995: 154-161).

En definitiva, Foucault podía apuntalar la reafirmación del saber local y la potencialidad de la diferencia para pensar la política.

Se trataba de un pasaje más intenso aun, que comprometía a las políticas de emancipación en su conjunto y que se relacionaba, también, con la pérdida de centralidad de la esfera pública como ámbito de acción colectiva y las nuevas formas de la política. En su dispersión, el posmodernismo incluía una variante de derecha (anticomunista, neoliberal), de individualismo pluralista en el marco de los fenómenos de privatización, según la cual la diversidad podría ser cubierta por el mercado y las políticas de desregulación (Hopenhayn, 1995: 98-99). Al tiempo que la ética como “estética de la existencia” podía sintonizar con esa opción, se manifestaba también una tendencia de izquierda enarbolada por nuevos movimientos (feministas, anticolonialistas, de minorías étnicas) que, desde mediados de la década de 1980, generaban una nueva dinámica social y rehuían de la institucionalización.

Michel Foucault aparecía ahora en el cruce de los estudios de género y las reflexiones sobre el poder, la dictadura y los derechos humanos, acompañando el accionar mismo de los nuevos movimientos sociales. Para entonces, Oscar Terán señalaba, entre las razones que presuntamente podrían haber conducido a que la dictadura “silenciara” a Foucault, el que sus intervenciones estuviesen “atravesadas por un horizonte teórico en donde los ‘nuevos sujetos sociales’ dinamizan los movimientos feministas, homosexuales, de prisioneros o de las minorías étnicas y nacionales”; perspectiva que, tras el eclipse del sujeto unidimensional, iluminaba esas “irrupciones politeístas” (Terán, 1985).

Hacia fines de la década, el pensador francés continuaba siendo material de lectura para el análisis sobre el poder en relación con las prácticas imperantes durante la dictadura militar. Por caso, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) publica en 1989 un trabajo de Eva Giberti⁵, licenciada en Psicología, profesora universitaria y socia fundadora del Centro de Estudios de la Mujer, marcado por el interés en la noción foucaultiana del poder relacional, ejercido desde innumerables puntos. El texto, editado en formato cuadernillo, atendía a las experiencias de las mujeres que concurrían a visitas familiares a presos políticos en la cárcel de Villa Devoto entre diciembre de 1983 y mayo de 1986, incorporando su propia experiencia sobre las requisas desde el '73. Giberti elegía a Foucault desde la introducción y abría su texto citando: “[El poder] es el nombre que se presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada (...) Por poder no quiero decir el Poder como conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción de los ciudadanos en un estado determinado” (Giberti, 1989: 11). A continuación describía una serie de prácticas vejatorias presentes en tiempos del gobierno constitucional que daban cuenta de la persistencia en los organismos de seguridad del abuso de poder vigente durante la dictadura⁶. Desde el campo psicoanalítico, Giberti entrecruzaba el análisis del poder en las instituciones, la perspectiva de género y la fundamentación teórica que brindaban novedades

⁵ Una versión anterior de ese trabajo se publicó en la revista de la Asociación de Psicología y Psicoterapia de Grupo, en 1988. Giberti era entonces también miembro del Consejo de Presidencia de la APDH, integrante de la Comisión de la Mujer y sus Derechos en la misma organización y representante de la Fédération Internationale Education des Parents (FIEP). Su hijo había sido detenido en septiembre de 1973.

⁶ “La revisión (desmenuzamiento/destrucción) de los alimentos, la alusión a reglamentos ocultos para los familiares, la revisión corporal sobre el cuerpo de las familiares que podía implicar el sadismo de obligar a una mujer a ingresar a la visita sin una prótesis mamaria o el palpar la zona vulvar sobre la ropa interior (en la dictadura se hacía penetración manual) (...) La perversión reside en que la requisita actúa como lo hace en nombre del varón que la manda, sus superiores. Sus manos introduciéndose en el cuerpo de la otra mujer evocan el poder masculino del cual ella es mediadora y sirvienta” (Giberti, 1989: 16).

epistemológicas como los Estudios de la Mujer (*Études féminines* o *Women's Studies*). Se trataba menos de una lectura clínica o una explicación ligada a patologías individuales que del intento por incorporar un enfoque clasista para explicar la envidia y el sentimiento de injusticia de las empleadas y la búsqueda por generar desconcierto, miedo y sometimiento en las familiares. Frente al poder de policía ejercido por las mujeres carceleras en las requisas, Giberti da cuenta del poder que emerge de las mujeres familiares y amigas de presos políticos, articuladas en “redes preexistentes” constituidas a través de encuentros en distintas cárceles y del apoyo de organismos de derechos humanos. Tras los enfrentamientos entre unas y otras y el juego de nuevas alternativas del poder mediante denuncias y trámites judiciales, las familiares y amigas de los presos logran revertir el maltrato mediante acciones ante los jueces de la Capital Federal y la opinión pública que conducen a que la Dirección Nacional del Servicio Penitenciario Federal haga lugar a las demandas de las requisadas, reformulándose la relación de fuerzas y ubicando a las amigas y familiares de los presos en un lugar de poder⁷. Los postulados foucaultianos eran usados para exorcizar y denunciar las prácticas de opresión carcelaria.

Otro ejemplo dentro de los posibles usos que podían encontrar los textos del filósofo francés en relación con la cuestión carcelaria en la Argentina democrática se ubica del otro lado y entre las menciones, introducciones y homenajes que se suceden desde su muerte. En 1989, en el porteño Centro Cultural Rojas, en un audaz homenaje a Foucault participan en pie de igualdad presos bajo estricta vigilancia, que luego de su alocución debían retornar al confinamiento, e intelectuales. Así, Sergio Shocklender, Mauro Minaglia y Roberto Sosa, quienes cumplían condena en el penal de Devoto y estudiaban en ese Centro Universitario (CUD), fundado en 1985, compartían mesa con Tomás Abraham, Horacio González y Diego Zerba para hablar sobre libertad, poder y saber. Ante la intervención de un chico del público, que consideró que se trataba de un homenaje a la cárcel más que a Foucault, criticó a los panelistas por reformistas y quiso indicar que la universidad y el afuera también son una cárcel, Minaglia –“veinte años privado de su libertad, con un informe criminológico que lo califica de irrecuperable”– distinguía entonces que no se puede igualar la universidad con la cárcel porque si a uno no le gusta la universidad se puede ir (Esquivada, 1989).

⁷ El 24 de abril de 1989, *Clarín* publicó un fallo de la Cámara de Apelaciones sobre la situación de humillación de las mujeres durante las requisas en el que se resuelve que las inspecciones no pueden recurrir al “registro intrusivo en el cuerpo humano” (Giberti, 1989: 38).

Esa reafirmación medular de las microrresistencias no era privativa del contexto carcelario, sino que avanzaba por otros carriles. En Francia, el campo asociativo para la lucha contra el SIDA gana importancia a partir de 1985 con la creación de AIDES justamente por el compañero de Foucault, Daniel Defert. Mientras AIDES busca ayudar a todos los enfermos de SIDA y se muestra hostil a una asimilación total con el movimiento homosexual, la toma de conciencia de la enfermedad en tanto modo de represión de las sexualidades divergentes alienta a los fundadores de Act-Up a orientar sus acciones hacia la visibilidad no sólo del SIDA sino de la palabra homosexual. La problemática teórica foucaultiana de fines de los años '60 de las relaciones saber/poder empalma, entonces, como reapropiación del saber biomédico. El SIDA aparece, además, como plataforma para atender a otros temas sociales (sin papeles, prisiones, drogas, etcétera). Así, la fracción militante de los movimientos gay, enfrentada a la mediatización catastrófica del SIDA y a la incertidumbre médica, estuvo desde el inicio fuertemente referenciada en Foucault y particularmente en los imperativos de su compromiso en el Grupo de Información sobre las Prisiones. Aun con sus obstáculos teóricos, estos movimientos, que construyeron un nuevo modelo de lucha, presentaron usos de Foucault ligados a la política y críticos de la tradición marxista (Bert, 2006: 49-58). En la Argentina de los '80, aunque la democracia abría la puerta a la verborragia sexual, buena parte de la sociedad seguía consumiendo la sexualidad mayormente según el patrón televisivo, entre pícaro, machista y homofóbico, de Olmedo y Porcel, lo cual dejaba en franca marginalidad a los homosexuales⁸. Signo de otros y nuevos tiempos, Néstor Perlongher, por ejemplo, pondrá el tema en discusión y también en relación con las elaboraciones de Foucault, en una línea de encuentros con lo que sucedía en ese ámbito por entonces en Francia⁹. Profesor de Antropología en la Universidad Estadual

⁸ Hay que decir que en los ochenta la pantalla chica desbordaba de vedettes del teatro de revistas, que en 1987 aparecía “el rubro 59”, y que, así como son años de devota protesta contra la Ley de Divorcio, también son los de su promulgación en 1987, los del centro artístico porteño Parakultural que seguía las premisas de romper con los tabúes y diferenciarse, entre otras experiencias.

⁹ Néstor Perlongher (1949-1992) fue uno de los principales referentes del Frente de Liberación Homosexual (1971), militante trostkista y luego anarquista, poeta y sociólogo por la Universidad de Buenos Aires, se trasladó a Brasil a comienzos de la década de 1980 donde realizó una maestría en Antropología Social. Fue frecuente colaborador de la conocida revista *El Porteño*, donde se reproducirán entrevistas con Guattari (nº 45, 1985), artículos en torno al control, la homosexualidad, la cárcel, los punks, el divorcio, el SIDA. En *El Porteño* se publica también la entrevista a Foucault sobre la amistad gay (nº 40, 1985). La tapa de ese número dice: “ERP y Montoneros: Adiós a las armas”. Según el relato público que hizo sobre ello el periodista Daniel Molina, fue en un encuentro en un bar de Corrientes y Callao que Piglia le mostró una publicación italiana que reproducía la entrevista (la misma había sido publicada en 1981 en la revista francesa *Gai Pied*) y le acercó el artículo. Tiempo después, Molina recordaba:

La política de silenciamiento de la homosexualidad era tan poderosa que incluso yo, un gay que

de Campinas, Perlongher exponía en 1986 en torno a su investigación sobre “prostitución viril” en la ciudad de San Pablo, alrededor de la operación de atribución de una “identidad socio-sexual” a la prostitución¹⁰. En la intersección de las ciencias sociales, las prácticas concretas, las políticas de identidad y de género y las elaboraciones foucaultianas, en las conexiones entre saber, poder y placer, entre Althusser, Deleuze y Foucault, Perlongher trataba la cuestión de la identidad en el campo de las relaciones homosexuales contemporáneas. Buscaba “trazar una arqueología global de la noción de identidad (...) y examinar en particular la cuestión de la identidad homosexual, o sea, ver cómo cierta producción del saber social opera en el campo micropolítico concreto de los encuentros sexuales entre hombres” (Perlongher, 1987: 67). Ejemplificando con *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, por entonces llevada al cine por el director argentino Héctor Babenco, cuestionaba la definición convencional (anatómica, médica) de homosexualidad y la vigencia de estereotipos ligados al binarismo de la división sexual hombre/mujer, y criticaba el modelo homogeneizante que anula las diferencias y las reabsorbe en una rígida determinación de la identidad. Así, respecto del movimiento homosexual que erige la identidad como bandera, decía:

La construcción de la identidad de los grupos marginalizados (...) va a constituir una especie de pasaporte para la integración, en relativa igualdad de condiciones, a la sociedad que los rechaza y discrimina. Pero, como recomienda Foucault respecto de la ‘lucha de clases’, conviene prestar atención al momento en que la

tenía a Foucault como uno de sus faros, recién me había enterado de que el filósofo era homosexual varios meses después de su muerte. Y hasta dar con esa entrevista, nunca había leído tampoco ninguna de sus reflexiones explícitas sobre la cuestión gay. Esa entrevista sobre la amistad gay me resultaba absolutamente enigmática y provocativa. Tenía la fuerza de un *koan zen*: no me decía qué hacer, sino que me cuestionaba. No me ofrecía un programa, sino un desamparo (Molina, 2011).

Se trataba allí de un Foucault que no invitaba a llevar adelante una revolución social sino a crear un estilo de vida. En *El Porteño* Perlongher escribe, por ejemplo, “La explosión de los travestis” (n° 44, 1985) o “La desaparición de la homosexualidad” (n° 119, 1991). En *Fin de siglo*, dirigida por Vicente Zito Lema, expone, en tanto, sobre la violencia contra los homosexuales en “Matan a un marica” (n° 16, octubre de 1988). En esos textos y otros de sus ensayos se manifiesta, en el mismo sentido arriba señalado, una lectura de Foucault en sintonía con Deleuze utilizada para el análisis de la prostitución masculina. Sobre el mismo tema escribe para la revista *Fahrenheit 450* (n° 4, 1987).

¹⁰ La expresión “prostitución viril” –según Perlongher– busca diferenciar la venta de favores corporales de un *miché* a un cliente tenido por homosexual de otras variantes de comercio homosexual, como el ejercido por el travesti que cobraría al macho por su artificiosa representación de feminidad (Perlongher, 1987).

‘clase’ pasa a predominar sobre la ‘lucha’, o, traducido a la jerga del movimiento homosexual, en que la ‘afirmación de identidad’ se desplaza de la ‘liberación’ como objetivo estratégico (Perlongher, 1987: 75).

Sobre ese cambio de acento, de la contestación subversiva del orden social a la demanda legitimadora de reconocimiento por el poder y de integración en la sociedad establecida, señalaba cómo ese panorama cambiaba abruptamente con la irrupción del SIDA:

La preocupación por la instauración de una identidad homosexual responde a la conveniencia de presentar un bloque homosexual en la representación imperante en el poder, procurando una legitimación que reconozca una igualdad de estatus para el sector (...) La tragedia del SIDA [en Brasil] permitía, con el pretexto de preservar la vida, modelar el comportamiento perverso según los patrones de dignidad homosexual, lo que no tardaría en desembocar en una campaña por la legalización de formas contractuales de casamiento homosexual. Resulta por lo menos paradójico este periplo casi circular del homosexualismo contemporáneo, que va de un movimiento de fuga, de desterritorialización, de subversión del orden cotidiano –politizando precisamente los soportes sexuales y familiares de la dominación–, a un movimiento de reinscripción, de recaptura, de reterritorialización que aspira, ya no a una subversión sino a una integración en el orden jurídico formal. La política de identidad es una pieza fundamental de esa reterritorialización (Perlongher, 1987: 76-77).

Sea como fuere, estamos muy lejos de la esquiua homosexualidad, siempre solapada, que era corriente en cualquier ámbito social, aun en los que se decían de izquierda y progresistas. Había llegado el momento de “la explosión de los travestis”.

En relación con el campo de la salud pública, y como en Francia, los análisis de Foucault abrían a nuevos modos de crítica social y podían escribirse prácticamente en movimientos como la antipsiquiatría que, en la Argentina de los ’80, ganan espacio en el marco de los procesos de “desmanicomialización” que adquirirán espesor en la década siguiente pero cuyos contornos se dibujan ahora. Un Foucault que había

estudiado los manicomios europeos se pondría a jugar, en el marco de las políticas neoliberales, en debates relacionados con los déficits humanos y materiales de los servicios de atención psiquiátrica locales y las posibilidades de acceso a la salud de los sectores más desfavorecidos¹¹. Susana Murillo, una de las encargadas de la incorporación regular del pensador francés al ámbito académico, titular de la primera materia de grado especialmente destinada a las elaboraciones de Foucault en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, retoma algunos de sus enunciados para pensar problemáticas sociales contemporáneas, como la construcción de subjetividades. En el cuestionamiento de la interpretación del encierro siempre y únicamente como opresión, Murillo planteará precisamente una crítica a Thomas Szasz, al afirmar que “la internación involuntaria no es una privación de los derechos humanos, sino su sostenimiento” (Murillo, 1996: 199). Hacia mediados de la década de 1980, Szasz había compartido con Foucault y Franco y Franca Basaglia las páginas de los *Cuadernos de Base*, publicación de una agrupación marxista perteneciente al movimiento estudiantil de la Carrera de Sociología (UBA) entonces vinculada a Juan Carlos Marín, que buscaba “combatir la situación de desarme intelectual producto de la implementación de la política educativa de las clases dominantes en el ámbito de la universidad” (AA.VV., s/f). En un número dedicado al papel del intelectual en la institucionalización de la enfermedad incluía los artículos “¿A quién sirve la psiquiatría?”, de Szasz, y “La casa de la locura”, de Foucault. En la presentación planteaban que la ruptura con la dominación sólo sería posible si a la lucha por el poder de las clases explotadas de la sociedad se sumaba un conocimiento de los procesos involucrados: “La estrategia de los explotados tiene que ver con esto; con avanzar en el conocimiento de la dominación, de la génesis de estos mecanismos como una forma de visualizar los posibles blancos para dar el enfrentamiento” (AA.VV., s/f).

En términos también generales, en estos años los postulados foucaultianos proveían, por otra parte, herramientas para pensar en un nuevo modelo de intelectual que sintonizara con la crisis de la noción de teoría totalizante, o al menos permitiera mirar crítica y retrospectivamente las características que habían signado el rol de los intelectuales en

¹¹ Entre otros, es conocido el caso del cierre del servicio de la ciudad de Allen, en Río Negro. En 1991 se sanciona la Ley 2440 de Salud Mental. Otras experiencias tienen lugar en las provincias de Córdoba y Santa Fe. En términos más generales, los reiterados cuestionamientos aludían a un proceso que también podía ser señalado como “una táctica más dentro de una creciente estrategia de desmantelamiento de la salud pública. En nombre de la crítica a los lugares de encierro se cerraban manicomios dejando a muchos pobres sin techo y sin familia” (Murillo, 2004: 95) y comunicación personal con Susana Murillo, 23/12/2008.

los años precedentes¹². Así, sobre los modos en que los intelectuales se veían a sí mismos o reflexionaban sobre su situación en los setenta, Carlos Altamirano analizaba en la segunda mitad de la década de 1980:

La definición de la que quiero partir es la que da Michel Foucault cuando dice que el intelectual –en el sentido que él llama ‘político’ del término– es ‘el que hace uso de su saber, de su competencia, de su relación con la verdad, en orden a las luchas políticas’. Foucault la formula al pasar y únicamente para sostener la emergencia de otra figura de intelectual. La retomo, sin embargo, no sólo porque resulta pertinente para el tema de estas reflexiones, sino también porque ninguna condensaría tan sintéticamente el espíritu que dominaba la cultura de la izquierda intelectual –y sobre todo, la de sus núcleos más radicales– a comienzos de la década del 70. Y muchos de los que no teníamos prácticamente labor para sustentarla, nos hubiéramos reconocido en la fórmula (...) (Altamirano, 1986: 2).

Y sobre la situación que los encontraba en los '80, decía el sociólogo Lucas Rubinch:

El clima de nuestra iniciación no es fervoroso ni mucho menos (...), no hay ‘faros’ al decir de Bourdieu (Borges, pero no con la algarabía del descubrimiento), estamos inmersos en un ambiente signado por la crisis de modelos teóricos, no tenemos la certeza de un camino que lleve hacia el lugar porque tampoco estamos seguros del lugar. Y lo que puede ser un benévolo viento foucaultiano es también, y muchas veces, desconcierto. Por estas cosas y por algunas otras pareciera que los jóvenes intelectuales del '80 somos efectivamente más lo que seremos, algo que se intuye, antes que un grupo con obras y proyectos que nos avalen (Rubinch, 1985: 45).

Citando las páginas del diario *La Razón* en las que Terán se preguntaba por qué los argentinos no tuvimos “nuestros años Foucault”, Rubinch señalaba:

¹² Hacia fines de los '70, Foucault contraponía al “intelectual universal” la nueva figura del “intelectual específico”, con intervención y práctica sectoriales acordes con la posición precisa que le marcaban sus “condiciones de vida y de trabajo” (Foucault, 1978: 183).

Coincido en ‘la inexistencia de años Foucault’. Evidentemente muchos de nosotros desconocíamos a Foucault (por lo menos no lo leímos con la intensidad que supone la existencia de años Foucault). De todas maneras yo arriesgaría que en estos últimos años (dos o tres o cuatro) los que se permitieron interrogar críticamente al pasado inmediato generaron un clima pre-Foucault. Un clima en el que dolorosa y tímidamente se aprendía a ‘hablar de la otredad’ (Rubinich, 1985: 46).

* * *

He intentado traer aquí a colación una serie heterogénea de prácticas caracterizadas tanto por su distancia respecto de la “gran política” como por abonar la vitalidad de sujetos que hasta entonces no componían más que un fondo de escena deslucido. En otros términos, considero posible que las elaboraciones foucaultianas hayan venido a dar aire y a potenciar fuerzas que hasta hace poco se pensaban menores a la luz de la omnipresencia obrera, pero que con el correr de los años se revelaron parte del núcleo de las políticas emancipatorias, con especial agudeza en el subcontinente.

A mediados de la década de 1980 comienzan a reverdecer lecturas e interpretaciones de las propuestas de Foucault que, en principio, despiertan enconados rechazos por parte de lo que hasta entonces había sido el canon clásico de la política, desde donde se encontraba en el pensador francés a un enemigo demasiado punzante para un escenario que ya se mostraba sombrío. Sin embargo, más temprano que tarde los postulados foucaultianos perderían aquellos visos de novedad que amenazaban con proponerlos como paradigma de reemplazo del marxismo y el marxismo se liberaría del peso de posiciones a destiempo. Llegaría entonces el momento en que usos foucaultianos y políticas clasistas dejasen de desencontrarse y comenzasen a amalgamarse cada vez más en nuevas síntesis, como las del autonomismo italiano.

Finalmente, aquellos “años Foucault” son de lecturas y usos en relación con las ciencias sociales y las humanidades, con Nietzsche y con Deleuze, de apropiaciones libertarias y desde las izquierdas, e interpretaciones en clave esteticista, antimarxista, posmoderna.

Así, repitámoslo una vez más, Foucault no perdía esa usual ubicación indeterminada que lo ha hecho participar en diversos escenarios.

Referencias bibliográficas

AA.VV. (s/f), *Cuadernos de Base*, serie Cuadernos para la Lucha Teórica n° 3, Buenos Aires: Ediciones de Base.

AA.VV. (1988), *¿Posmodernidad?*, Buenos Aires: Biblos.

Altamirano, Carlos (1986), “El intelectual en la represión y en la democracia”, *Punto de Vista*, n° 28, Buenos Aires, pp. 1-4.

Bert, Jean-François (2006), *Proximité, réserve et emprunt: la place de Michel Foucault dans la sociologie française*, Thèse Doctorale en Sociologie, Paris : Université Paris 8.

Echegaray, Fabián y Raimondo, Ezequiel (1987), *Desencanto político, transición y democracia*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Esquivada, Gabriela (1989), “Poco antes de que den las diez”, *Página/12*, 2 de julio de 1989.

Foucault, Michel (1978), *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta.

Giberti, Eva (1989), *Mujeres carceleras. Un grupo en las fronteras del poder*, Buenos Aires: Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

Hopenhayn, Martín (1995), “Postmodernism and Neoliberalism in Latin America”, J. Beverley, J. Oviedo y M. Aronna (eds.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham: Duke University Press, pp. 93-109.

Lechner, Norbert (1995) [1988], “A Disenchantment Called Postmodernism”, J. Beverley, J. Oviedo y M. Aronna (eds.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham: Duke University Press, pp. 147-164.

Molina, Daniel (2011), “El amor de los amigos” (<http://unperroviejo.wordpress.com/2011/06/10/el-amor-de-los-amigos>; consultado el 28/06/2011).

Murillo, Susana (1996), *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común / Universidad de Buenos Aires.

Murillo, Susana (2004), “Foucault: La muerte y la libertad”, *Sociedad*, n° 23, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, pp. 83-96.

Nun, José (1989), *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Perlongher, Néstor (1987), “O Michê é homossexual? Ou: A política da identidade”, I. A. Tronca (org.), *Foucault Vivo*, Campinas: Pontes [ponencia presentada en la XV Reunión de ABA, Curitiba, 1986].

Richard, Nelly (1995), “Cultural Peripheries: Latin America and Postmodernist De-centering”, J. Beverley, J. Oviedo y M. Aronna (eds.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham: Duke University Press, pp. 217-222.

Rubinich, Lucas (1985), “Retrato de una generación ausente”, *Punto de Vista*, n° 23, Buenos Aires, pp. 44-46.

Sazbón, José (2009), “Razón y método: del estructuralismo al postestructuralismo” [1993], *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 107-134.

Terán, Oscar (1985), “Michel Foucault”, *La Razón*, 10 de febrero de 1985.

Valenzuela, Eduardo (1986), “La crisis del iluminismo estudiantil”, *David y Goliath*, n° 50, Buenos Aires: CLACSO, pp. 28-35.

Vezzetti, Hugo (1987), “La democracia posible”, *Punto de Vista*, n° 30, Buenos Aires, p. 3.